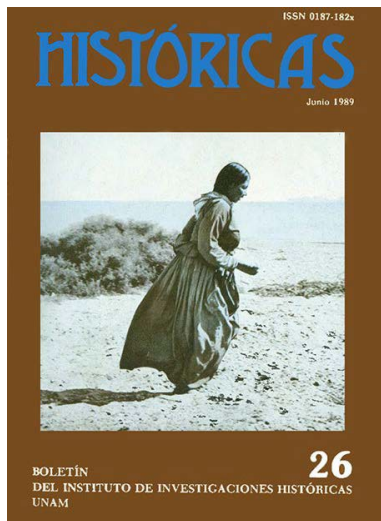




Artículo: Luis González, El oficio de historiar, México, El Colegio de Michoacán, 1988.

Autor(es): Ortega y Medina, Juan Antonio

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 26

Año: 1989

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Ortega y Medina, Juan Antonio. "Luis González, El oficio de historiar, México, El Colegio de Michoacán, 1988." Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 26 (1989): p. 31-39. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3749>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Reseñas

Luis González, *El oficio de historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 1988.*

Lo primero que vivamente impresiona en la obra del doctor Luis González, *El oficio de historiar*, es la portada, toda de un negro satín, de cuya intensa sombra emerge un cuarto de rostro iluminado, un cuello que se esfuma a partir de la barbilla, y la punta de una nariz que es a medias, luz y penumbra. Según el autor de la portada se trata del "retrato de Clío", musa representada intencionalmente, por supuesto, sin ojos, órganos instrumentales para el conocimiento histórico, y por lo mismo, la boca simbólica de la figura no hablará de lo que la musa no pudo ver, sino de lo que le contaron los testigos, y tendrá por tanto que recurrir a la imaginación para dar sentido de las fuentes históricas, casi siempre opuestas, eventuales y aconteciales.

Penetrada y vencida la sombra el lector se encuentra al doblar la página con el índice o antesala del contenido temático, dividido en nueve capítulos o secciones, además de una bibliografía general de obras de consulta, subdividida a su vez en obras sobre filosofía, teoría del saber histórico, historia de la historia, métodos y técnicas de investigación histórica, didáctica de la historia y ciencias hermanas y auxiliares de ésta. Por supuesto, en esta compilación no falta ni sobra nada esencial de lo que necesita el principiante o novel historiador para emprender sus tareas y su titubeante camino de investigador.

Todo índice que se respete debe llevar, como es el caso, un prefacio, que si bien encabeza el texto es siempre lo último que el

* La presentación de este libro se realizó el martes 26 de julio de 1988 en la Academia Mexicana de la Historia.



Tarascas de
Pátzcuaro, Michoacán.

autor escribe y en donde éste orienta al presunto lector sobre lo que va a encontrar lectura adelante, y sobre el contenido del mensaje expreso o latente insito en el texto. De suyo es orientador el prólogo del autor ya por su título, "Plan de operaciones" o programa relativo al oficio del historiador bisoño, inmaduro, o en vías de despegue. Como confiesa el maestro, sus "apuntes", así los llama por haber sido fraguados en los cursos impartidos por él en diversas instituciones académicas, no están dirigidos a los especialistas; pero hemos de reconocer, a fuer de sinceros, que incluso éstos pueden sacar provecho de las experiencias del autor y de la originalidad de su obra. De vuelta ya del entusiasmo metodológico de los inicios en el oficio de historiador, reconoce que la historia carece de un método unívoco y que "los historiadores son personas que hacen cosas muy distintas de maneras muy diferentes. Llegan a donde van por muchos caminos". Con delicado tacto adelanta que no intenta mediante sus sugerencias imponerse al aprendiz de Clío, aun inmaduro, sino ayudarle a que encuentre su propio camino. Termina su introducción recordando a sus deudores preferentes, los maestros que contribuyeron a formarlo (Arnáiz y Freg, Gaos, Iglesia, Miranda, Zavala y Cossío Villegas) y agradeciendo asimismo a prominentes alumnos de ayer, luego convertidos en sus mentores, las sugerencias recibidas de ellos. Que sepamos, esta prueba de sencillez profesional no es declaración que se prodigue frecuentemente entre los cultivadores de la Historia.



Tarasca de San Juan
de las Colchas,
Michoacán.

El texto está dividido, como apuntamos, en nueve capítulos o secciones; pero no los vamos a analizar críticamente uno tras otros, porque esto correspondería mas bien a una recesión o reseña de oficio y no a una presentación como ocurre en este caso. Por ello, preferimos enumerar sencillamente la temática de cada sección, para hacer después reflexiones generales sobre el contenido total de la obra: I. El historiador; II. Lo histórico; III. Preguntas del historiador a lo histórico; IV. Respuesta de una medium llamada fuente; V. Proceso a las respuestas de la fuente; VI. Comprender, explicar y juzgar; VII. El arte de la composición; VIII. Modos de escribir y dar luz; IX. Uso y abuso del saber histórico.

La sola titulación de estos capítulos nos pone de manifiesto que ellos constituyen algo más que las ya muy conocidas y muy editadas guías técnicas para el trabajo intelectual ó para la creación y redacción de una tesis o tesina, pues, aunque a grandes rasgos, es también una historia de la espontaneidad historiográfica de los mexicanos, que toma en cuenta la conducta histórica de los historiadores de casa y mexicaniza, por decirlo así, uno de los oficios más viejos y universales (p. 12), el del historiador, cuya mayor exigencia desde Heródoto, nos dice el autor, es la búsqueda de la verdad, a diferencia de los políticos que se sienten obligados a practicar habitualmente la mentira (p. 27). Por el libro de nuestro colega Luis González nos enteramos que el número aproximado de los mexicanos cultivadores de la historia alcanza hoy a 400 personas aproximadamente, de las cuales 353 han escrito obras

originales sobre asuntos históricos, y pese a la cerrada competencia y prestigio de economistas y otros científicos sociales, los historiadores han mantenido un alto nivel de fama e influencia y viven distantes, sobre todo, de la sumisión, la pobreza y el anonimato. La única falla sería que encuentra el crítico, y está en lo cierto, es que el progreso historiográfico mexicano se ve entorpecido porque la mayor parte de la población del país no lee (p. 27). Por otro lado el empeño de nuestros historiadores en cultivar exclusivamente los temas guerreros y políticos tradicionales, cosa que subraya el escritor, no ayuda a la diversificación y en cierto modo, pensamos nosotros, ahuyenta a los posibles lectores. Muchas de las obras que se publican tratan asuntos ya demasiado manidos, como son los relacionados con las celebraciones patrias, cuando se estructuran a base de una verborrea sin sentido (p. 31). Pocos son los estudiosos de la historia (trece entre los cuatro centenares ya indicados), que rebasan la frontera historiográfica mexicana gracias a una especialidad y, como es sabido, y en ello insiste el autor, pocas son las cátedras de Historia Universal incluidas en los programas universitarios y en los de los colegios de enseñanza media (p. 39).



Nahuats de Cuetzalan, Puebla.

Un fuerte y estrecho nacionalismo historiográfico impregna tales programas, a los que se recarga con exceso, dando así por resultado que "en México, mucho más que en otros países, el espacio de las historias es el de la nación mexicana. La consigna ha sido 'no historiar nada que no sea lo inscrito entre el Bravo y el Suchiate o entre Baja California y Yucatán ni asunto de menor tamaño que el de la República Mexicana'. Según un dicho popular como *México no hay dos*" (p. 57). Empero dicha consigna regionaliza demasiado la historia nacional, aísla e impide tanto ayer como hoy situarla correctamente dentro del complicado proceso de la Historia Universal.

Por supuesto el crítico historiador reconoce el apasionamiento de los historiógrafos, puesto que "la pasión es la que pone la sal, el chile y la pimienta en los libros de historia bien administrados, pues si no, causa indigestiones" (p. 33). Esto quiere decir que el historiador de San José de Gracia sabe muy bien que la famosa expresión de Tácito, *sine ira et studio* pocas veces es tenida en cuenta por los historiadores, y vale recordar al respecto que cuando un historiador tan solemne y objetivo, tan desapasionado y positivo como Leopoldo Ranke se enfrenta a la personalidad histórica del Papa Alejandro VI Borgia, no puede menos de calificarlo como "abominable cochino": la serenidad, la objetividad y ecuanimidad, como puede verse, brillan por su ausencia. El autor sabe, pues así se lo enseñó su maestro José Gaos, al que cita, que "solamente podemos hablar de historia cuando la sentimos" (p. 31); el historiador, entre otras virtudes, debe poseer "la actitud activa del amante", sentir amor u odio hacia el objeto de su estudio, prescindir incluso de sí mismo (p. 31); pero no hasta el punto de atenuar todo lo dramático que hay en la historia, suponiendo arbitrariamente que "los héroes no fueron heroicos ni los malvados tan perversos" (p. 101). El historiador debe además ser patriota o madriota, como Luis González prefiere decirlo, pero nunca debe sumarse a "los profesionales del patriotismo" (p. 225), y cuando el historiador primerizo empuñe la pluma para escribir una historia debe estar seguro, aconseja el crítico, de que ha comprendido, explicado y juzgado primeramente el tema a desarrollar.

Como la obra de nuestro colega aquí presente es calificada por él mismo de "manejo de consejos" (p. 211) nos permitiremos, inspirados por él, entresacar también para beneficio de los que nos escuchan, no un manejo de consejos, sino de afirmaciones que, a manera de aforismos, reunimos aquí en un brillante haz y que por lo mismo han de servir tanto al historiador profesional como al que se inicia, y también, por supuesto, al lector simplemente interesado en la historia. He aquí, pues lo que hemos pepenado,

como diría propiamente Luis González, rebotando malicia y bonachona ironía:

Nunca sobran los consejos; siguen siendo útiles las sartas de recetas metodológicas a sabiendas de que ninguna es omnivalente (p. 14).

Lo caliente en la historia [filias o fobias] no quita lo veraz (p. 34).

En México, la pasión por la historia adquiere tamaño de locura (p. 27).

Para escribir la historia se requieren porciones importantes de materia gris e independencia de criterio (p. 41).

Emotividad y relativismo históricos están lejos de ser sinónimos (p. 34).

En mayor o menor grado la imaginación es un elemento deseable para hacer historia e imposible de erradicar (p. 42).

El nacionalismo, mezcla de odios y vanaglorias, es el morbo máximo de los estados-nación del último par de siglos y esa enfermedad ataca preferentemente a los historiadores (p. 33).

La pasión nacionalista auténtica, que no el patriotismo por deber, es provechosa, no produce daño al conocimiento histórico, ni atenta contra la objetividad (p. 34).



Otomí de
Tenexco, Puebla.

En cualquier sentido, lo histórico es inmenso, la fuente de donde saca el historiador sus textos es enorme, indeterminada, movediza, anchurosa e inagotable mientras exista la humanidad. Sólo los filósofos de la historia pretenden bebérsela de un tirón (p. 50).

El historiador especializado en un solo tipo de conocimiento y técnica no expulsa al de saber enciclopédico (p. 40).

Se puede ser buen investigador aun siendo casado y causa de numerosa prole. Si el cónyuge es intelectual pero no de la serie histórica, ayuda mucho a su contraparte (p. 43).

Por último vamos a referirnos al espíritu general que campea en el libro de nuestro colega. Constituye toda la obra una desenfadada y alegre arremetida contra esa especie de cardenalicio cónclave de enfáticos historiadores. El autor lleva a cabo la desacralización, la desolemnización y si se nos permite decirlo, despedantización del gremio de historiadores. No les falta ciertamente al respeto a los maestros y escribas de la historia; pero entre bromas y veras y mediante el uso ya en él habitual de una prosa ligera y punzante, graciosa y popular va deslizándose eutrapélicamente en el texto verdades de a puño entre donaires y vilanos literarios.

Por ejemplo, llama a los "profesionistas vulgarmente llamados historiadores", *clionautas*, neologismo bien logrado; pero inm-



Otomí de
Pantepec, Puebla.



Nahuas de Huauchinango, Puebla.

diatamente los califica de *pepenadores* de antiguallas o de testimonios, e inclusive los considera *gambusinos* de las acciones humanas del pasado. Las actividades profesionales, típicas de los historiadores, ya no son, dicho sea pedantemente a lo griego, las consagradas a la investigación y a la interpretación, (eurística y hermenéutica), sino que quedan simplemente en calidad de *talacha* operativa sobre el *titipuchal* de acontecimientos que sobrenadan o que simplemente flotan en la *salsa enchilosa* de los juicios de valor. Los historiadores son por otra parte “descendientes del cuentero”.

A los *qué, por qué y para qué*, que constituyen como es sabido las preguntas claves de la teoría de la intencionalidad, los bautiza de “motivos del lobo”, recordando con esta expresión el conocido poema de Rubén Darío y el famoso aforismo clásico: *homo lupus hominis*. También se refiere el autor al abuso de notas por parte de algunos historiadores, la *notomanía*, y apellida al encadenamiento causal, filiación o explicación por antecedentes, con esta imprevista denominación, *chorizo o cadeneteta*. La nueva ciencia o arte de algunos historiadores para captar lectores, mediante un sistema semejante al mercadotécnico, recibe el ingenioso título de *engatusología*, y define como *cultura de chilaquiles* a la que poseen y hacen gala de ella los cronistas y narradores obstinados con sus rencores y amores.

En suma, todos los lectores de Luis González saben que sus libros y ensayos, y por supuesto el último editado y que es motivo de esta presentación, el titulado *El oficio de historiar*, se apoyan en este lenguaje popular mexicano que él utiliza hábilmente y que hace agradable la lectura. Los ejemplos que aquí hemos presentado pueden dar lugar a erróneas consideraciones o apreciaciones por presentarse resumidos en una secuencia totalizadora; pero el hecho por parte del autor de salpicar su texto con estos chispeantes lunares luminosos de populismo lingüístico no empaña la seriedad del contenido histórico ni disminuye el sencillo estilo, sin afeites ni afectaciones, que emplea el autor y que permite a los lectores captar sin muchos esfuerzos el mensaje histórico que encierra.

Sólo me resta felicitar efusivamente al autor por este libro que hoy nos ofrece e invitar al público a gozarlo y considerarlo mediante una atenta lectura. Estoy más que seguro que ella los iluminará sobre los problemas fundamentales a los que se enfrenta un ducho historiador como lo es Luis González.

Juan A. Ortega y Medina
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM



Mazatecos de Jalapa de Díaz, Oaxaca.